



Crítica comparativa de Adler, Maslow y Rogers sobre teoría de la personalidad.

Martin Astacio

Introducción.

En las primeras líneas, reflexionamos sobre algunas razones que justifican el establecimiento elaborativo de una estructura conceptual sobre la “personalidad” con el objetivo de tener un abordaje más asequible a los autores en consideración. Consecuentemente hacemos condensados resúmenes sobre la teoría de la personalidad presentada por estos autores que son **Alfred Adler**, **Abraham Maslow** y **Carl R. Rogers**, respectivamente. Luego de presentada la síntesis doctrinal de cada uno de los autores establecemos un debate doctrinal subsiguiente con la intención de unificar criterio y sobre todo aunar las diferentes teorías en una sola. Se infiere de ello que la pregunta clave habría de ser “¿Qué unidad de criterios encontramos en sus diferentes doctrinas?. De hecho la respuesta a esa pregunta se halla refrendada, en nuestra reflexión, en esta otra pregunta que es la que rige nuestro discurso: “¿Cuál es la causa motriz de toda conducta humana en cada una de sus teorías?”

I. Preámbulo.

En la comparación de estos tres autores, además del cumplimiento con un requerimiento académico, me propuse encaminarme hacia la formación de un modelo personalizado de comprender a las personas. Pero mientras más me empeñaba en entender, o en aferrar criterios estables de análisis y evaluación sobre cualquier persona; más me iba distanciando del más adecuado conocimiento de la persona humana. Es un hecho irrenunciable para las ciencias humanas, el hecho de que nos movemos por conceptos y creencias; y por tanto, si queremos explicar nuestros comportamientos, actitudes y reacciones, tanto en lo individual como en lo social, debemos, entre otras causas, como son la herencia y el medio ambiente situacional, debemos también abordar nuestras ideas, creencias, sentimientos y conceptos. Nos situamos de frente a los demás, de acuerdo a nuestras percepciones y concepciones, tanto las que tenemos del otro como las que tenemos sobre nosotros mismos. No nos comportamos igual de frente a las personas que nos resultan significativas, como a otras que nos resultan sin interés, de frente a un niño o un adulto, a un hombre o a una mujer. Nuestra conducta estará guiada, en gran parte, por lo que percibimos o dejamos de percibir sobre los demás de acuerdo a nuestro cúmulo de experiencia adquirido. Así, si me dicen “este es el señor barrendero”, me comportaré de forma muy diferente a si me dicen “este es el señor presidente”. Puede estar la misma persona bajo el título de barrendero como de presidente. Mi comportamiento dependerá de mi percepción de esa persona, marcada por la experiencia pasada con respecto a esa persona o al paradigma que tengo de frente a la personalidad social que le reviste. Ahora bien, no solo por mi concepción del otro, sino también, según mi propia autoconcepción o forma de situarme de frente al otro. Así, por ejemplo, no es lo mismo que me digan “este es el presidente de la empresa” cuando estoy en busca de trabajo

en esa empresa; a que me digan este es el barrendero. El hecho de situarme como posible empleado; provocará unas reacciones muy diferentes a un situarme sin necesidad de empleo; situarme como jefe o situarme como subalterno. Sea uno u otro caso lo cierto es que nos movemos de acuerdo a nuestras percepciones de la realidad marcada por el pasado y nuestros intereses, marcados por el porvenir; y estas ideas o percepciones previas adquiridas por tradición social, socialización circunstancial o experimentación personal, además de nuestros intereses caprichosos y racionales, son las que determinarán nuestras conductas. Esta afirmación nos lleva a considerar como sumamente significativo el modelo de personalidad que tenemos, nuestros paradigmas. Tanto para el análisis de otras personas como para nuestro propio análisis personal; ya que nos comportamos según el modelo de personalidad que tenemos de cada persona con que interactuamos y según el modelo que tenemos de nosotros mismo y de nuestro proceder.

El interés de los autores que aquí vamos a tratar no se limita al estudio de las meras conductas consideradas aisladas una u otra. Su interés se halla centrado, más bien, en el conocimiento de la personalidad. Este tipo de conocimiento, aunque parte de las conductas, no se queda en ellas; sino que las trasciende. Se busca, por lo tanto, conductas estables que ausculten el perfil que identifica a una persona determinada. No es lo mismo una acto que una actitud; un comportamiento circunstancial que una costumbre. La personalidad se presenta como una especie de sistema de conductas fijas o costumbres; de paradigmas interpersonales integrados e interconectados unos con otros y convergentes entre sí. Paradigmas interconectados que delinean el perfil de sí mismo de frente al otro, del otro de frente a mí, y del tipo de relación que nos compete. Los paradigmas actúan como respuestas antes la preguntas profundas del quién soy yo, quiénes los demás, y de qué se espera de mí en mi interacción con el medio, conmigo mismo y con los demás.

Es fácil advertir que nuestro empeño es sumamente delicado. Por un lado tenemos que aceptar que nos movemos por modelos establecidos de percepción que explican y determinan nuestro comportamientos (técnicos o actitudinales), además de nuestros intereses y necesidades; por otro lado, son tantos y tan variados los modelos que explican el comportamiento humanos que buscar reducirlos a uno o a varios genéricos resulta sumamente cuestionable. El problema es que uno siempre se hace una idea del otro. Y según esa idea le trata. Esto es lo que se advierte en tantos noviazgo que parten del enamoramiento. Cuando un joven idealiza a su pareja, al casarse no se casa con una realidad, sino con una ilusión; con la idea que tiene de la otra persona. Como la realidad percibida no siempre sigue a lo percibido de ella; llegan entonces los desconciertos y decepciones al querer identificar la realidad con los que se espera de ella en la idea. Las nuevas conductas forzarán a la idea, o paradigma mental, a nuevas readaptaciones en el cuestionamiento crítico de forma estable y permanente de las mismas ideas o paradigmas, o forzarán a la realidad a perfeccionarse, según el perfil o modelo que de ella se espera. Esto último es lo que pasa muchas veces en educación tanto familiar, social como académica en la que existen patrones o modelos culturales, o perfiles preestablecido del tipo de hombre o de profesional que espera el país, la misma persona o una institución. Estos patrones o modelos preestablecidos, bien pueden funcionar de forma coercitiva en función del ideal buscado, o bien de forma expresiva en el modelaje positivo de esos ideales en la encarnación vivencial con el atractivo de la conductas y de las palabras. En este caso, el modo no será represivo' pero sí llamativo.

II. Sobre Alfred Adler.

En nuestro caso podemos ya empezar con uno de nuestros autores en consideración. Me refiero específicamente a Alfred Adler. Para mejor explicar a Adler se suele partir de su antagonismo freudiano. Mientras que para Freud la mayoría de nuestras conductas tenían una causa inconsciente formada en los primeros cinco años de vida biológica, y por tanto, para conocer nuestros comportamientos era preciso psicoanalizar el interior inconsciente y explicar desde allí todo el conjunto de nuestras conductas como manifestaciones estereotipadas del inconsciente; Para Adler, al contrario, no niega ciertamente, el inconsciente y su influencias egocéntrica en el comportamiento humano; pero pone el acento en las vivencias consciente y de matices sociales o socializantes. Estas vivencias para Adler, no residen en el inconsciente, sino todo lo contrario, en la conciencia presente en el individuo cuyo actuar se explica desde sus “metas” e intenciones que en tanto que queridas son perseguidas en la conducta humana. Se confirma, pues, la importancia de Adler con respecto a las conductas guiadas por ideales y metas, en razón de que tales ideales y metas pueden ser equiparadas a los moldes y patrones culturales, a los perfiles religiosos, familiares y académicos, al proyecto personal de autorrealización que mueva a cada individuo, y a los caprichos ingenuos e infantiles que surgen en nuestro interior; en otras palabras, al tipo de hombre que preconcebimos o que proyectan las sociedades en que vivimos. En la teoría de Adler conocer la personalidad de un individuo equivaldría a encontrar la meta última y específica que sustente y explique el conjunto de metas concretas y particulares que dinamizan cada conducta. Hay que señalar que si toda conducta por su intrínseca direccionalidad, persigue una meta ya sea consciente o inconscientemente, cabe concebir también, entre ellas, lógicamente, a las conductas inconscientes y egocéntricas de Freud; ya que como toda conducta persigue un fin, hay que señalar que todas y cada unas de las conductas, persigue su meta. También podría establecerse la diferencia entre conductas conscientes y conductas inconscientes, según el lenguaje de Freud y Adler. Entonces afloraría ya no el tener o no tener metas, sino el que existan metas conscientes y responsables encaminadas hacia el altruismo social, en el caso de Adler; y metas inconscientes y egocéntricas encaminadas hacia el placer y la agresión, en el caso de Freud. En cualquiera de los dos ámbitos, el “yo” se busca a sí mismo hacia su realización, aunque una forma se manifieste ordenada e integradora y la otra compulsiva y desintegradora. En tanto que las metas consideradas conscientes sean realmente integrantes; ya que por ser conscientes y libres no se implica necesariamente la conveniencia autorrealizadora.

III. Sobre Maslow

Aquí, podemos también empatar con Abraham Maslow. Para Maslow en la base de toda conducta humana se halla establecida una “necesidad”. Maslow distingue entre **necesidades deficitarias y necesidades de desarrollo**. Las primeras se hallan más estructuradas que las segundas por lo que son menos inajenables. La diferencia distintiva entre una y otra se debe a que las deficitarias se refieren a una “carencia”, mientras que las segundas hacen referencia al “quehacer” del individuo. Entre las necesidades deficitarias, Maslow considera a las necesidades fisiológicas, las de seguridad, las de amor y pertenencia y por último las de estima. Y entre las necesidades de desarrollo establece las de autorrealización y las de trascendencia. Las de autorrealización se diferencian de las de trascendencia en tanto que las

primeras se hallan centrada en el bien plenario del sujeto que las ejecuta; mientras que las de trascendencia se hallan centradas en el bien de otra u otras personas a las cuales se busca hacer un bien.

Una vez vista la diferencia entre necesidades deficitarias y necesidades de desarrollo, conviene establecer la diferencia entre "necesidades" y "motivos"; empresa sumamente importante en nuestra reflexión. Parecería, en principio que no se puede identificar a las necesidades con simples carencias ya que Maslow las clasifica en deficitarias y de desarrollo, dando a entender que las de desarrollo cuando menos no son "déficit", sino necesidades expansivas. Ha de advertirse, sin embargo, que en tanto que son "necesidades" son a la vez un "déficit" o carencia, en tanto que sin ella, la persona no llega a su máxima realización. En otras palabras, si el sujeto solo llegase a satisfacer a las necesidades deficitarias y no las de desarrollo; no sería propiamente ni sujeto ni persona. Podría tal vez equipararse a un vegetal o animal no sin pecar de error ya que tanto los animales como las plantas ejercen siempre una acción benéfica tanto de auto conservación y desarrollo como de expansión y servicio a su hábitat. Lo cierto es que sin el ejercicio o satisfacción de las necesidades de desarrollo, el ser humano quedaría incompleto, razón por la cual estas necesidades son "necesidades". Ahora bien, previamente hecho este análisis, podemos afirmar que toda necesidad, tanto las deficitarias como las de desarrollo; son "carencias" siempre que se vean en consideración con la realización integral y plenaria de la persona humana.

Visto así, desde Abraham Maslow, ninguna necesidad de las expuestas por él, es una necesidad creada; sino que todas vendrían siendo necesidades innatas encontrables en todo sujeto humano y por tanto clasificable como en este caso. Las llamadas "necesidades creadas" entran en vigencia no cuando hablamos propiamente de necesidades, sino cuando hablamos de motivos. Por las necesidades reales se crean los motivos, y por los motivos inadecuados se crean falsas necesidades. La necesidad, técnicamente hablando, es la carencia en lo referente al bien plenario de la persona humana; mientras que el "motivo" es el "objeto" mediante el cual damos o buscamos dar satisfacción a una necesidad. Este objeto o motivo, puede ser adecuado o inadecuado, correspondiente, o no correspondiente a la necesidad real en cuestión. Por tanto, el motivo es siempre un "fin" perseguido, una "meta" un objetivo que orienta, otorga dirección y sentido al accionar o comportamiento humano.

III.1. Controversia entre el lenguaje de Adler y el de Maslow.

Este lenguaje puede resultar un poco escabroso por el hecho de que, en Maslow, y en cierta forma tiene razón, el "FIN" perseguido por la acción humana no consiste en el "deseo" o "meta" que ordena la intención de la persona; sino que él considera como "FIN" de la acción humana, en la búsqueda de la satisfacción de la necesidad, a la necesidad misma; razón por la cual lo que figura como "FIN" no es la "meta" o motivo de la conducta, o aquello que se busca como "satisfactor", sino la necesidad misma en cuanto motor primero y último de la acción humana ya que sin necesidades no habrían "metas". Mientras que el "objeto" previsto por la intención teleológica, en función de la satisfacción de la necesidad; vendría siendo el "MEDIO" para la satisfacción del "fin" que sería la "necesidad". Pero si queremos empatar este lenguaje con el de Adler; Hay que forzar el lenguaje de Maslow para poderlo concordar. Es claro que para Adler la explicación última de toda conducta hay que buscarla, no en la necesidad o carencia que se halla en el fundamento último constitutivo de toda acción humana; sino en la "meta" "satisfactor" u "objeto" que persigue el sujeto.

Es claro, también, que en Maslow, el motivo es inconfundible con la acción conductual. Mientras que las necesidades son estables. Los motivos pueden ser correspondiente en cuanto que satisfacen la necesidad que le compete; o “desviados” en cuanto que no satisfacen o no corresponden a la necesidad requerida. Para Maslow la cultura y la educación pueden desviar o proporcionar motivos desviados de su correspondiente necesidad especialmente cuando se trata de aquellas necesidades llamadas de desarrollo, por estar menos estructuradas que las clasificadas como “deficitarias”.

En conclusión, lo que para Adler es el FIN de la acción humana; para Maslow es el MEDIO. Porque el fin para Maslow es la satisfacción de las necesidades, por ejemplo “apagar la sed”; y el medio “lo que se hace” para la satisfacción de ese fin, por ejemplo “la adquisición del agua”. Mientras que para Adler; “lo que se hace” no tiene su explicación última en la satisfacción o no satisfacción de las necesidades de la persona; sino que la razón última del actuar humano hay que buscarla en la “meta” o intención que motoriza la conducta; y que en Adler figura como “fin”. Y en Maslow como “medio” o motivo; explicado más bien por el deseo perseguido, por ejemplo “la adquisición del agua” y no por la carencia o necesidad.

Si seguimos, pues, el lenguaje de Maslow; imposible que hallan necesidades creadas entre las expuestas por él, porque todos tenemos las mismas necesidades inalienables e insobornables de por sí. Ahora bien, si consideramos a los deseos o motivos como “necesidades” entonces podemos hablar de necesidades creadas en tanto que hay deseos que se viven con las fuerzas de una necesidad. que mejor ejemplo para ilustrar esta realidad que los distintos vicios que padece la humanidad. Por ejemplo, la drogadicción no puede ser, por derecho, una necesidad; pero de hecho la adquisición y el consumo de ciertas drogas se viven y padecen con fuerza de “necesidad” aun cuando por derecho no lo sea. La necesidad en tanto que necesidad creada, sin embargo, no consiste propiamente hablando en el motivo u objeto deseado de orden teleológico, sino en la herida o debilidad que experimenta la persona ante la presencia real o ficticia del motivo u objeto deseado. Si una persona ante la presencia real o ficticia de un objeto deseable no se siente debilitado y como atraído de forma arrastrante y hasta vehemente, es porque su estructura psíquica no se ha lesionada con la herida auto-negante y anuladora de la auto imagen personal donde se pierde la estabilidad y la seguridad al entrar el desequilibrio y la inseguridad angustiosa. La experiencia de esa herida anuladora del “yo” bien se puede interpretar como una necesidad de auto-recuperación. Esta necesidad es falsa en el sentido de que fija sus aspiraciones de reconstrucción en motivos y deseos irreflexivos y desenfrenados que lejos de contribuir con el bien plenario e integral de la persona humana, le desintegran y destruyen. Ya sea dada o no la satisfacción a esta necesidad imperiosa, lo cierto es que en el fondo subyace la verdadera necesidad insoslayable e inalienable en espera de ser adecuadamente satisfecha. El descubrimiento de esta última y real necesidad y de su **adecuado satisfactor** es misión de llamado “yo nocional” magistralmente presentado por Carl Rogers. Se precisa el silenciamiento de la vehemencia voluptuosa del espíritu impuesta tanto por la falsa necesidad creada como por su motivo correspondiente. El motivo, aunque muchas veces sea realmente correspondiente al una necesidad real, su falsificación puede consistir también en un tratamiento inadecuado tal como se registra en la absolutización o sobre-engrandecimiento inadecuado del objeto deseable.

IV. Sobre Carl R. Rogers

En lo que respecta a Rogers, lo concibo más como un “terapeuta” de la personalidad, que como un teórico. Mientras que Adler y Maslow parecen coincidir en la búsqueda de la explicación última de toda conducta humana; Rogers más bien explica el grado de salubridad o insalubridad psíquica del “cliente” de acuerdo a su grado de concienciación o congruencia entre lo que el llama el “yo” real y el “yo” nocional. Este enfoque rogeliano no deja de ser sumamente enriquecedor como camino auto terapéutico de salubridad psíquica. Aunque al buscar uno conocer lo fundante de su conducta ya sea con las necesidades y motivos de Maslow o con las metas de Adler, se entra necesariamente en un proceso de auto concienciación que es el camino que lleva a la congruencia y al equilibrio de la personalidad buscado por Rogers.

El “yo” real, que es el conjunto de experiencias psíquicas adquiridas, debe estar concienciado por el “yo-nocional”; y en cuanto se halla concienciado existe consecuentemente el lenguaje auto explicativo; esto es el hecho de que el “yo-nocional” en cierta forma domine conceptual y explicativamente su “yo-real”. A este “yo-real” en el cual Rogers va a depositar su máxima atención doctrinal, se suma como parte suya el “yo-ideal” el cual para ser “auténtico” debe adecuarse a las posibilidades reales del yo real, a través del “yo-nocional”. Como el conjunto de experiencia que conforman el yo real de cada persona es, irrepitible y diferente en cada persona; hay que concluir que el yo real de cada persona es único e irrepitible. Además de que adecuadamente entendido, el yo real no es nunca una realidad acabada, sino que se halla siempre en proceso de realización o desintegración inmerso como se halla en circunstancia socio-contextual y en su propia historicidad. Esta exclusividad irrepitible junto con su inacababilidad le otorgan el sentido de indefinición. Por su carácter dinámico, por su apertura y capacidad de trascendencia, por su posibilidad de cambio y su libertad autónoma; además de la irrepitibilidad de la historia particular el yo-real se manifiesta en su propia esencia como misterio e indefinición.

IV.1. Visión comparativa entre Rogers, Adler y Maslow

Al tratar de comparar a Rogers con Adler y con Maslow, lo primero que me salta a la vista es la posición que tiene Rogers de los valores y su especificidad con respecto a cada persona. Rogers considera, o de alguna forma deja entreverado, la presencia de una fuerza auto realizadora, cuyos valores a perseguir, de alguna forma, ya están en cada sujeto, y lo que se requiere es el dejarle fluir **eliminando** los obstáculos y trabas que se lo impidan. Si los valores no se presentan explícitamente como innatos, cuando menos, favorece dicha interpretación. Para comparar a Rogers con Maslow y Adler, la pregunta, según entiendo, sería: “¿dónde está para Rogers, la fuerza motriz de la conducta humana?” Ya hemos visto que para Maslow, se encuentra en las “necesidades” mientras que para Adler en las “metas” o intenciones de cada conducta independientemente de que satisfagan o no una necesidad. Para Rogers, parece ser que se encuentra en la tensión creciente propia y específica de cada persona; en su estructura nocional.

Esta respuesta se nos complica porque buscamos leerla en clave de necesidad o de deseo según veíamos en Maslow y Adler respectivamente. Sin embargo, no parece que Rogers esclarezca esta tensión, ni se esfuerce por esclarecerla; ya que su interés, más que explicativo es terapéutico. Sin embargo, eso no nos impide hacer el

esfuerzo de esclarecer la tensión, en la medida de lo posible siendo fieles al pensar de Rogers, o cuando menos, distanciándonos lo menos posible de su doctrina.

Un primer problema que enfrentamos en este enfoque es que Maslow no se establece en el plano de las conductas, sino en el de la personalidad. Y en segundo lugar, como ya vimos, su fin no es explicativo, sino curativo. El conjunto de experiencias psíquicas que Maslow llama el “yo-real”, se presenta , en principio como el conjunto de todas las experiencias adquiridas por la persona. Nótese, que en este primer plano de consideración, no se repara ni en lo innato, dígase la herencia; ni en lo adquirido, dígase la enculturación; por lo que hemos de suponer que se integran los dos planos, el innato y el adquirido, ya que ambas forman parte necesaria de lo que se suele llamar “el conjunto de todas la experiencias adquiridas”. Un tercer elemento en consideración sería propiamente, el “yo-nocional”. Este el “yo” creciente de Maslow, cuya misión innata consiste en irse extendiendo mediante el proceso de concienciación y explicitación de ese otro “yo” conocido como real.

Este planteamiento derrumba el problema de que si los valores son o no son innatos en Maslow; ya que en tanto que todo “yo-nocional” tiene la misma y única función, esto es, la de alcanzar la máxima adaptación realista en el auscultamiento progresivo de su “yo-real” particularísimo e individual de cada uno, en el logro, también creciente de la máxima “congruencia” como camino de realización personal irrenunciable, de alguna forma, forzosa y necesaria, que Maslow bien percibe otorgándole un cierto matiz determinista. Se impone, por tanto que todo “yo-nocional” no es que tenga los mismo valores, sino que, en todos, tenga “el mismo valor de ser y función”. De “ser” porque todos tenemos un “yo-nocional”. Y de función; porque en todos este “yo-nocional” tiene la función inherente al crecimiento continuo y progresivo en el auto descubrimiento conciente y realización de sí mismo teniendo como punto de partida al “yo-real”. Y como este “yo-real” o conjunto de todas las experiencias psicológicas adquiridas llamadas a ser el material mediante el cual cada “yo-nocional” se auto-realice, viene siendo una realidad totalmente absoluta, única, distinta e irreplicable en cada persona o en cada “yo- nocional”; se impone, por tanto, que los valores que sirven de material de conformación al “yo-nocional” en tanto que recibidos en su estructura interna y creciente, son adquiridos. Pero, en sí mismo considerados, pueden ser innatos en cuanto advengan de los genes; y también adquiridos, los que advengan del proceso de enculturación. Ahora bien, y tal vez, sea lo más importante para tomar en consideración, la tensión creciente y formadora de la congruencia, no es un valor agregado como los son los valores advenientes del “yo-real”, sino que forma parte de la misma estructura esencial del “yo-nocional” identificándose con ella. Esta fuerza potencial y creciente, buscadora de sí misma en la concienciación y en la responsabilidad de sí mismo; se presenta de hecho como una fuerza innata, no adquirida, cuya misión es también innata, la de esclarecer no solo a su “yo-real” en cuanto que comprende el conjunto de experiencia que parten de la herencia y de las que parten del proceso de enculturación; sino también y, sobre todo, en el conjunto de las propias experiencias en tanto que tienen su fundamento y punto de partida en las mismas “decisiones personales” ya realizadas y que forman parte del proceso de personalización incluido en el acervo del “yo-real”. Súmesele a esto también, el yo ideal, que Rogers integró en el “yo-nocional”.

IV.1.1. Rogers y Maslow.

La fuerza motriz, por lo tanto, se aúna con la concepción de Maslow en cuanto a las necesidades de desarrollo específicamente.

En las fuerzas de la herencia y del proceso de socialización, uno podría establecer el conjunto de necesidades deficitarias de Maslow; las fisiológicas referidas a lo orgánico y genético; y las de seguridad y pertenencia, amor y estima; referidas hacia el proceso de enculturación, respectivamente; donde tanto las una, orgánicas y fisiológicas, y las “otra”, culturales e interaccionales, conforman al “yo-real”. Pero las necesidades de desarrollo, tanto las de auto actualización como las de trascendencia se establecerían con las referidas propiamente al “yo-nocional” que a todas debe abarcar. El yo-nocional ha de abarcar no solo el conjunto de experiencias psicomotrices que explican la motricidad interna de las conductas, sino también el conjunto de experiencias administrables, ya sean innatas o adquiridas de la constitución personal.

IV.1.2. Rogers y Adler

En lo referente a Adler que se ordena más bien a explicar las conductas desde los deseos y motivos no advierto una fácil conexión con Rogers. Se podría, tal vez, establecer en cuanto teniendo previamente las coordenadas rogerianas de lectura de la personalidad, una vez vista la conducta de una persona, preguntarse; ¿Qué busca este? Y la respuesta nos llevaría a analizar la conducta, encontrado previamente la **meta** o intención direccional de la conducta, hacia las claves rogerianas de si se halla, en principio concienciada o no concienciada, si el sujeto sabe lo que busca y quiere con su actuar, o no lo sabe, o, en su caso, ni siquiera se halla en condiciones de saber lo que quiere; y en cuanto tal, el nivel de equilibrio o desequilibrio, congruencia o incongruencia de la persona; con el también previo establecimiento de la conducta en tanto que originada, si por el “yo-real” o por el “yo-nocional”.

En conclusión, podemos afirmar que la fuerza motriz de la conducta en Rogers no se puede leer propiamente ni en clave de necesidad ni en clave de deseo, sino en clave propiamente rogerianas, esto es “ de autenticidad o inautenticidad según implique o no congruencia o no congruencia, en coordenadas de “yo-real” y “yo-nocional”. Y que al final todos se complementan y enriquecen mutuamente.

Comentario

El “yo-nocional” puede estar supeditado a las funciones inferiores del “yo-real” lo cual conllevará que el ejercicio indetenible del “yo-nocional” se halle vedado, enceguecido y continuamente debilitado por las fuerzas desproporcionadas o la imperiosidad del “yo-real” que impone necesidades, deseos y motivos, no siempre correspondientes a los previstos, acogidos y asumidos por el “yo real. Se impone, por tanto el interminable vuelo inspeccionador e incansable del “yo-nocional” en el auto hacerse. Con todo ha de entenderse que el “yo” se halla por encima de lo “real” o de lo “nocional”, y que al final no son dos “yoes” diferente sino que se trata de un mismísimo e indivisible “yo” que opera su conducta desde varias esferas de consideración. La subordinación indebida del “yo” no es solo realizada por las dimensiones reales, también puede ser realizada desde la zona del yo ideal racionalizador. Lo cual implica que el verdadero conocimiento de yo entra en la zona del misterio inabordable, y por tanto, por derecho, insubordinable a ninguna conciencia generada; solo subordinable, más bien, auto-subordinable al misterio inabordable.

El criterio de unidad que identifica a Adler, Maslow y Rogers en nuestra reflexión responde a la pregunta sobre la causa motriz de toda conducta humana. En

Adler la respuesta explicativa de toda conducta hay que buscarla en las metas, ideales o utopías ya sean ficciones o probabilidades. En Maslow la respuesta no es la meta teleológica inherente al acto humano lo que explica la conducta. Esta "meta adleriana", en Maslow, no es más que un "motivo" o "deseo". La explicación última, para Maslow, hay que buscarla en las "necesidades", o en la "carencia" específica que provoca y fundamenta al motivo o deseo. En Rogers, esta causa motriz no se presenta ni en clave de necesidad, ni en clave de motivación o deseo; sino en clave de tensión innata hacia la auto actualización creciente del "yo-nocional", en el cual Rogers centra su reflexión. Sin embargo se puede establecer una analogía entre el "yo-real" de Rogers y las necesidades que Maslow denomina como "deficitarias"; y entre el "yo-nocional" de Rogers con las necesidades calificadas como "de desarrollo" respectivamente. Y por último se puede también establecer una complementariedad entre Rogers y Adler, más que una identidad de doctrina propiamente dicho.

Este esfuerzo de identificación doctrinal entre estos diversos autores trae como consecuencia el afianzamiento en el dominio, no sólo de sus distintos pensamientos sobre la personalidad; sino también en el tomar posiciones evaluativas con respecto sus enseñanzas forjándose así, en nosotros, la capacidad de hablar, con cierto espacio de flexibilidad y abundancia sobre sus aportes; siendo esto lo que saludo y agradezco de esta labor.